

Oscuranas

(fragmento)



FRANCISCO MAGAÑA

No hay tiempo para el amor ni olvido para la muerte.

No para la espera en el fondo de las aguas ni para el canto sirenear de los silbidos en los misterios de la medianoche.

No hay tiempo: se esfumaron las pasiones por aguardar los ardores de un silencio ensimismado en su propia madrugada; su chapotear en el fango y su lengua entumecida; su toga casi deshecha: su desespero tenaz, terco, aferrado, aún vigila las esquinas con el peligro inminente del desgarró. Nadie viene.

¿No hay amores para el tiempo ni muerte para el olvido?

La pregunta, con sus rasgos tintes de ingenua curiosidad, levanta un silencio a su alrededor, interrumpido sólo por el grito fiebre de las parturientas, las prisas y los apremios que aquí, los descalabros, un llanto nuevo, lo mismo desde hace tiempo, desde el inicio de los dolores.

¿Quién responde? La pregunta.

(Dolorosa, con su imagen dolorosa, una figura de negro se regodea en los puntos cardinales y en las fieras estaciones del crepúsculo.

Destellos más que humanos, de locura: los ojos de la recién parida son la reverberación de una voz ahogada en su propia miseria, de un adiós convulso a los frescores de un ayer deshecho en la tumba de sus días. A golpes de reflejos condicionados, su palpito corazón ensombrece los rostros y las oraciones al pie de la cama.

Tan lejos como nuevo se escucha un grito,

allá afuera, tan lejos como el camino en el que nunca los pasos).

El silencio, con sus manos olorosas hermanadas con la soledad, es el rostro de un terror más propio de los espacios de la albahaca y las plegarias que del momento alumbramiento lumbre en el incendio enternecido por el fósforo tormento que pierde su dirección.

El olvido es la mortaja, incandescente, temprana, de la más cruel de las muertes.

La mortaja es el humo de la nostalgia, su propia vena,
música dolida en las costillas de un mal comienzo,
huella devorada y devorante por el salitre desde hace cuánto.
La mortaja es nuestra piel en los labios de la nada.
Silencio acaso, mueca en los espejos desquiciados
en el centro de la soledad: la mortaja, condescendiente,
se deja ir en el agua siempre virgen de los descubrimientos
para descansar del ajetreo inevitable de los vivos.
Nuestros labios son la piel de la mortaja: nada.
¿Dónde nuestros labios inflamados?
(¿Pero dónde nuestros labios inflamados en el vacío?)

La lluvia negra de las palabras en confluencias imaginadas; grises como la iglesia de Avignon en primavera, alegres como el hábito de Cister entre el oscuro crucifijo, la niebla y la montaña; como el infierno verde del segundo canto en el principio de un camino largo; como la mano luz de Lucía en los ojos del florentino que supo cantar a la angélica voz, muy dulce y llana:
La lluvia negra.

Así el primer dolor en la entrepierna de la creación.
Acaso estallido, muesca en el puñal,
una más pero tal vez la misma en el refugio de su instinto:
la mortaja en la tierra no pisada por las huellas ajenas
del profano que mascullo su rabia:
la mortaja de todos lluvia negra:
la mortaja de todos lluvia negra
en los cabellos sin brillo que vuelan al compás
del tedio flojo de los sinsabores,
de las horas en la simétrica desproporción de la huida
y de los altos horrores de una carne nueva, lloriqueando y acechante.